
PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Viaje hacia el conflicto Roma sí, Vaticano no

...oy inicia el presidente Salinas
...una nueva gira europea, que lo
...aproximará al centro del con-
flicto, pues visitará regiones y países
donde el desmantelamiento del sistema
socialista ha generado tensiones y enfren-
tamientos no sólo políticos sino también
en la profundidad social y cultural.

28-JUNIO-1991

En su última etapa, este viaje incluye un encuentro del jefe del Estado laico mexicano con el papa Juan Pablo II, se dice que en reciprocidad con la visita que hizo a México el sumo pontífice de la Iglesia Católica en mayo del año pasado. El término es erróneo, o por lo menos ambiguo, pues el trato recíproco se da entre iguales que se reconocen tal igualdad, y ese no es el caso entre el Papa y el Presidente. Se temía, o se esperaba, según el caso, que precisamente tal fórmula augurara el establecimiento de relaciones diplomáticas entre el Vaticano y México, lo que a juicio nuestro entraña un reconocimiento de la Iglesia Católica contrariamente a lo establecido por la Constitución. Pero ahora se ha aclarado de modo oficial, corroborando indicaciones aparecidas en los últimos días, que se trata de una visita personal, no oficial, es decir no del jefe del Estado laico mexicano.

Seguramente una consideración profunda sobre el modo de ser de la religiosidad mexicana condujo a la atinada decisión de no menear el régimen jurídico a que, con mucha manga ancha, ha estado sujeto el catolicismo oficial en nuestro país. La mayor parte de los mexicanos, si bien han sido bautizados, no militan propiamente en las filas eclesíásticas, como lo enseña la menor frecuencia a los sacramentos y como lo muestra la creciente secularización de las costumbres. Si son muchedumbres infinitas las que acuden a los centros de peregrinación y de religiosidad popular, eso no significa que esas multitudes confundan la libre efusión de sus devociones con el clericalismo preciso para instituir derechos terrenales a la Iglesia. Si ésta viviera realmente bajo el dominio gubernamental, si fuera una iglesia perseguida o por lo menos oprimida, esa gente, que suele no tener nada, estaría resuelta a ofrecerlo todo, la vida misma, en defensa de la corporación donde practica su fe. Pero

como ellos saben que no es ese el caso, tales católicos, sobre todo los del credo más acendrado, que temen a una iglesia constantiniana, es decir en contubernio con el poder político, han de estar satisfechos de que la sociedad fundada por Cristo para el logro del Reino de Dios en la Tierra, no se vea convertida en socia del gobierno.

Este, por su parte, parece haber ejercido al máximo el pragmatismo que es su rasgo característico. La invitación del todavía presidente electo a altos prelados para que lo acompañaran en su toma de posesión, el primero de diciembre de 1988, denotó la intención de modificar un dato central de la historia mexicana. Luego, se dieron varios pasos en el mismo sentido, incluida de modo notabilísimo la recepción, todavía el año pasado, al Papa, y el evidente patrocinio gubernamental a no pocos actos de aquella memorable gira. Pero de pronto, los clérigos más ufanos por la inminencia de las relaciones y el reconocimiento, sintie-

ron baldes de agua helada sobre sus calientes expectativas. No es que el juarismo oficial hubiera renacido, ni que las corrientes liberales (en el sentido del siglo XIX) despertaran de su letargo para imponer una conducta política. No, en el tema no había nada ideológico.

Había sólo, al parecer, un cálculo político. Parecía que el gobierno naciente en 1988 requería asentimientos diversos, y podía hallarlos entre los católicos si mostraban buena cara, y no los dientes, a los jefes de la Iglesia. Pero en el trayecto de dos años y medio, ese gobierno ha ido ganando la voluntad de católicos ricos por la vía del desmantelamiento estatal; y de católicos pobres por las obras del Pronasol. Luego entonces, no hay ya necesidad de más carantoñas al Episcopado y a la delegación apostólica. No es que los *canallas*, como con toda caridad cristiana calificó el obispo Genaro Alamilla a los opositores al contubernio, hubieran impuesto su criterio. Es que en esta sociedad del desperdicio, cuando algo o alguien ya no hace falta, se le desecha.